

ALEJANDRO, EL NUDO GORDIANO Y FERNANDO EL CATOLICO

Juan Gil

Mucho se ha fabulado, hay que confesarlo, sobre el valor y el simbolismo de la famosa frase que a todos se nos ha enseñado desde chicos: *Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando*. Parecía que en ella se encerraba una verdad radical, la esencia misma de la fusión de las dos monarquías: Castilla y Aragón quedaban íntimamente unidas pero sin prelación alguna de rango, así como tampoco existía la más mínima diferencia entre el intelecto, la cordura y la capacidad de decisión de Fernando y de Isabel. El *Tanto monta* suponía la cifra de la Concordia de 1475, y todo ello remataba en el anagrama famoso: el yugo, con la Y de Ysabel; las flechas, con la letra inicial de Fernando. Con todas estas fantasías se alimentaba la imaginación del niño español del siglo XIX y la primera mitad del XX, e incluso de la actualidad. En 1948, sin embargo, se llamó la atención sobre un detalle fundamental, en principio preterido: en los escudos labrados en los monumentos, de hecho, sólo aparecen las dos palabras *Tanto monta*, que se refieren en exclusiva a la divisa de D. Fernando¹; por otra parte, el yugo presenta una serie de flecos de extraño aspecto, que sin contar con la clave oportuna resultan altamente enigmáticos y se resisten

1. Fue éste mérito de P. Aguado Bleye; en un artículo que me ha sido inaccesible, publicado en la revista *Santa Cruz*, VIII (1948). Repitió sus argumentos en «Tanto monta», *Estudios segovianos*, I (1949), 382 ss. Cf. asimismo su *Manual de Historia de España*, Madrid, 1964, II, pp. 34-35. Nada nuevo aportan los historiadores siguientes, como L. Suárez Fernández, en *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, Madrid, 1969, I, p. 14.

a revelar su secreto. Para nuestra fortuna, las fuentes de la época se muestran muy elocuentes sobre el particular, indicando de manera perentoria y tajante el significado de la divisa. He aquí los testimonios más claros, que presento en orden cronológico, advirtiéndole que nada dice al respecto fray Iñigo de Mendoza en su *Sermón trobado al... rey Don Fernando... sobre el yugo y coyundas que Su Alteza trahe por divisa* (ed. Rodríguez Puértolas, Clás. Cast., p. 299 ss.).

Allá por el primer decenio del siglo XVI don Hernando Colón, el bastardo, el hijo segundo del primer Almirante de las Indias, va apostillando cuidadosamente los libros de su todavía no muy nutrida biblioteca que pronto va a crecer desmesuradamente para pasmo de propios y extraños. Pues bien, leyendo a Plutarco en la traducción italiana de Cristóforo Landino y llegado al pasaje de la vida de Alejandro en que se relata la anécdota famosa del nudo de Gordio, comenta el joven bibliófilo en una nota: «De don tomó el Fernando d'España la divisa de 'Tanto monta'»².

Años después, el 22 de enero de 1518, el juez de residencia de La Española, Alonso de Zuazo, toma la pluma para augurar un porvenir glorioso al joven monarca que es Carlos I; avizorando para él un destino imperial, le incita a hacer cuanto antes la división de fronteras con Portugal, dado que los lusos estaban invadiendo territorio castellano, pues Malaca caía sin duda dentro de la demarcación castellana; su alocución vibrante, más parecida a una arenga, termina con un admonitorio recuerdo al emblema de su abuelo: «Este es el verdadero modo de desatar el nudo de Gordio, que el Rey Católico traía por divisa cabe sus armas»³.

Con el paso de los años se va desvaneciendo el sentido de la enseña, en principio exclusiva de Aragón y no de Castilla; ahora se considera, al revés, como inventada por Isabel; y así leemos en un poema macarrónico de Juan de Vergara, compuesto poco después de la guerra de las Comunidades⁴:

2. Apostilla G 263, publicada por C. de Lollis en la monumental *Raccolta colombina*, I, 2.

3. *Colección de documentos inéditos... de América y Oceanía*, I, 1864, p. 297. Se trata del único testimonio aducido por Aguado Bleye.

4. Se conserva en el ms. Matr. BN 3662, f. 18r; sobre él hablé en el anterior número de *Habis*, XV (1984), 194 ss.

Enodabo modos, quamuis cortare fuisset
 Satius, ut quondam multis impexa capistris
 Magnus Alexander iuga speçauit⁵, et inde
 Hisabela suis plantauit pariter armis.

Cuando Aguado Bleye vulgarizó el significado del *Tanto monta*, cundió no chico desconcierto entre los estudiosos; resultaba, en efecto, que el símbolo inequívoco de la unidad trascendente de España venía a ser un emblema sólo aragonés. Pasaron algunos años de silencio: en un estudio como el de Cepeda Adán *En torno al concepto de Estado en los Reyes Católicos*, publicado en 1956, se corre el más tupido velo sobre tan incómoda cuestión. Después comenzaron a elevarse voces de disgusto. Allí donde antes se habían ensoñado deleitosas quintaesencias del más acendrado Imperio del mundo, el padre Tarsicio Azcona⁶ sólo alcanza a ver expresión grosera del más burdo maquiavelismo político de don Fernando: *Tanto monta*, luego el fin justifica los medios, pensamiento rastrero que no pudo anidar ni por asomo en la augusta cabeza de doña Isabel. Es así como se rechaza la paternidad castellana de la divisa con un suspiro de alivio: tamaña falta de moralidad sólo cuadra al personaje carente de escrúpulos que fue don Fernando, y no a la seráfica figura de la Reina. Como se puede apreciar, la crítica histórica se suele mover al compás de las filias y de las fobias, partiendo por lo general de prejuicios e ideas falsas y preconcebidas. Pero no es nuestro objetivo analizar esta triste situación de deformaciones tópicas de la realidad; más nos interesa volver al halo mágico de la personalidad de Alejandro repasando antes que nada el texto de Quinto Curcio (III 1, 14 ss.) que refiere el trascendental suceso, pues todavía quedan por extraer consecuencias muy notables, y no sólo éticas, como quería fray Tarsicio, de la famosa divisa. He aquí la narración del historiador latino:

Alejandro, tras someter la ciudad [de Gordio] a su dominio, entra en el templo de Júpiter. Contempla allí el carro en el que constaba que había montado Gordio, el padre de Midas, de aspecto no dispar a los más groseros

5. El texto dice *specauit*; corrijo en consecuencia con el sentido.

6. *Isabel la Católica*, Madrid, 1964, pp. 219-20.

y ordinarios. Lo digno de atención era su yugo, sujeto con muchos nudos trenzados entre sí sin dejar ver la lazada. Al afirmarle los habitantes que el oráculo había dicho en una profecía que se apoderaría de Asia el que desatase aquel nudo intextricable, a Alejandro le entraron ganas de cumplir el agüero. En torno al rey se apiñaba una muchedumbre de frigios y de macedonios, los primeros llenos de expectación, los segundos recelosos por la temeraria confianza del rey; en efecto, la trama de las ataduras estaba tan prieta, que nadie se podía percatar de dónde empezaba o dónde terminaba el lazo, y el hecho de que Alejandro tratara de desatarlas los llenaba de preocupación, no fuera que se convirtiera en triste presagio la tentativa frustrada. El monarca, habiendo porfiado largo tiempo con los nudos escondidos, dijo: «No importa cómo se desaten», y rompiendo todas las cuerdas con la espada eludió o cumplió el dicho del oráculo.

La lectura desapasionada de este pasaje indica de manera paladina que don Fernando, al adaptarlo como emblema, no intentaba en modo alguno manifestar crípticos conceptos de ética política, sino expresar su clara emulación con el monarca macedonio en un momento estelar, pues el cumplimiento de la profecía tenía una consecuencia incalculable: aquél que fuera capaz de desatar los nudos sería dueño de toda el Asia. Ahora bien, el señorío de Asia llevaba aparejado el cumplimiento de uno de los más viejos anhelos de la Cristiandad occidental: la reconquista de la Tierra Santa y la toma de Jerusalén. Esta era una quimera que siempre había fascinado a todos los gobernantes europeos y que en tiempo de los Reyes Católicos desbocaba la imaginación de unos y de otros. El 19 de julio de 1493 el inquieto Bernardino de Carvajal pronunció un pomposo discurso en latín ante el consistorio cardenalicio presidido por el nuevo Papa, el Borja Alejandro VI⁷; se trataba de hacer llegar al recién electo Pontífice la obediencia suma

7. *Oratio super praestanda solenni obedientia sanctissimo D.N. Alexandro Papae VI. ex parte Christianissimorum dominorum Fernandi et Helisabe Regis et Reginae Hispaniae habita Romae in consistorio publico per .R. Patrem dominum Bernardinum Carvaial episcopum Carthagunensem die Mercurii XIX Iunii Salutis Christianae MCCCCXCIII.* Utilizo el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, donde están encuadernados también los discursos a que hago alusión seguidamente (I 836).

que le rendían sus hijos, los católicos Reyes de España, los más nobles servidores de la Santa Sede. La retórica *oratio* acababa en un *crescendo* hiperbólico: Alejandro VI iba a ser no ya Magno, sino Máximo, pues en su tiempo había de acontecer el gran suceso tan deseado por todos los cristianos, la suprema hazaña pregonada por las profecías: la triunfal entrada en Jerusalén. Y esta equiparación del Padre Santo con el monarca macedonio no era invención exclusiva de Carvajal, pues también aparece en los discursos coetáneos lanzados ante la curia por Rutilio Zenón, obispo de San Marco, por Benvenuto de San Giorgio, por el obispo de Arezzo, Gentile, por Nicolás Tigrino de Lucca y por Pedro Cara, representante de Saboya y de la ciudad de Siena. La magia del nombre permitía entonces y ahora tales excesos encomiásticos, y con el eco de Alejandro Magno cabía paliar y disimular defectos evidentes del Vicario de Cristo sobre la tierra, pues, como cantaba Giuliano Dati en romance también en 1493⁸, el de Játiva era

Uno Alessandro magno Pappa sexto,
Grato a ciascuno, a nessun mai molesto...
Sexto Alessandro, Pappa Borgia ispano,
Iusto nel giudicare et tucto humano.

Por otra parte, viejas profecías cantaban que al final de los tiempos, antes de la aparición del Anticristo, había de reinar sobre la tierra un único monarca, el emperador de los últimos días, bajo cuyo reinado se había de cumplir la profecía que vaticinaba que en un solo cubil se recogerían al fin y a la postre todas las ovejas de Cristo. Pues bien, la lucha contra el ziri llegó a adquirir ámbitos universales, convirtiéndose en prelude evidente de la última Cruzada: por esta razón los reyes eran ensalzados como «emperadores» en los romances que anunciaban jubilosos la toma de Setenil en 1484, así como fray Antonio Montesino les daba rango imperial⁹. El señorío del mundo se barrunta por doquier y con él sueña desde el juglar hasta el fraile confesor de la Reina: todos se sienten voceros de la voluntad divina que se ha complacido en sus hijos, los soberanos españoles; y la prueba del celestial agrado es palpable, ya que el dominio de Fernando e Isabel se amplía más y más

8. Cf. H. HARRISSE, *Bibliotheca Americana Vestutissima*, Madrid, 1958, I, p. 29.

9. Me referí ya a estos romances en *Habis*, IX (1978), 150 ss.

por el Océano y sus carabelas surcan aguas jamás navegadas antes por marino alguno. En este contexto la adopción del yugo de Gordio como divisa por parte del rey aragonés adquiere connotaciones no morales, sino claramente políticas y aun religiosas. Su emblema pregona a los cuatro vientos que el monarca, como el macedonio, ha de penetrar hasta los más ignotos rincones de la India misteriosa, llevando a los últimos confines del mundo la buena nueva evangélica. El Asia toda lo espera para postrarse a sus pies, cumpliendo viejísimos vaticinios.

En realidad, Fernando podía ensoberbecerse con razón. Desde los tiempos de Alejandro jamás las banderas de soberano europeo habían tremolado en el Extremo Oriente. Ahora, los súbditos de Fernando e Isabel tomaban posesión de las islas de la India en nombre de Sus Altezas. Lo nunca visto estaba sucediendo entonces, y el propio mar, no sin la voluntad del Señor, revelaba sus misterios. Cristóbal Colón podía traducir los famosos versos de la *Medea* de Séneca en su castellano defectuoso: «Vernán los tardos años del mundo ciertos tienpos en los cuales el mar Océano afloxerá los atamentos de las coças e se abrirá una grande tierra»¹⁰. Ahora bien, estos nudos que atenazaban los arcanos del piélagos tenebroso recuerdan otra vez de manera muy significativa los lazos que ceñían apretadamente el yugo de Gordio, ese yugo que sólo Alejandro había sido capaz de cortar. Ahora Fernando, nuevo Alejandro, iba quitando otras e insospechadas ataduras que impedían la vista de un mundo desconocido para todos. El «Bético magno», como lo llamaba Ludovico de Corbaria, plantaba sus enseñas en las islas del Poniente gracias al plan insensato de un genovés visionario que, también él, alucinaba a los soberanos con fantásticas quimeras y promesas, exhortándoles a que toda la ganancia que se obtuviese de las Indias «se gastase en la conquista de Hierusalem»¹¹. A mayor abundamiento, el abad Joaquín de Fiore había pronosticado que el Santo Sepulcro había de ser ganado por un monarca español¹². Todos los indicios convergían en la misma dirección: la conquista de Jerusalén, del Asia entera se hallaba ya muy cercana. En 1495 el cosmógrafo Jaume Ferrer de Blanes se

10. Cf. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, edición de C. Varela, Madrid, 1984, doc. LII, p. 287.

11. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, doc. II, p. 101.

12. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, doc. XLV, p. 281, y doc. LXVI, p. 327.

estremece de júbilo ante la idea de ver a Fernando el Católico como «legado en Oriente y en las stremas partes de Indias superior», adonde no había llegado el gran Alexandre, aquel que «las partes orientales con incomprensibles penas, fambre, set y calores sojuzgó, más para dar doctrina de humano vivir a sus súbditos que por avara ambición de señoríos»¹³. De la misma manera el imperialismo fernandino podía disfrazarse de tierno proyecto evangélico para llevar la Fe mansamente a un mundo irredento. Curiosamente el claro simbolismo, tan patente en escritos de la corte aragonesa, se le escapó al propio Almirante de la mar Océano, pues Cristóbal Colón recuerda a Alejandro Magno, sí, pero sólo entre otros grandes monarcas, como Salomón o Nerón César, que enviaron expediciones a explorar recónditos arcanos del orbe terráqueo¹⁴; por ende, es uno más entre tantos, no el precursor por excelencia de don Fernando, y eso que Colón en tal caso, de servir a un nuevo Alejandro, podría pretender ser un Onesícrito redivivo, el descubridor del mundo de los antípodas y de las estrellas incógnitas de la gran Tapróbana. Para nuestra sorpresa, el silencio del Virrey de las Indias revela que no ha penetrado en la propaganda áulica, pues de otra suerte Colón, tan magnificador de sí mismo, no hubiera vacilado en equipararse con el nauta griego, con ventaja para él desde luego.

En definitiva, a la figura de don Fernando la rodea un misterio muy especial, una especie de halo sobrehumano que los contemporáneos alcanzaron a percibir¹⁵, pero que la historiografía caste-

13. J. Gil-C. Varela, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, 1984, pp. 232-33.

14. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, doc. XXIV, p. 204 y 217.

15. Así, p. e., Lucio Marineo Sículo (*De rebus Hispaniae memorabilibus*, Compluti, 1533, f. 100v), se extiende en los agüeros que rodearon su nacimiento en un capítulo curiosísimo que no tiene su par en la historiografía isabelina y que traduzco a continuación: «Al nacer Fernando —dice— se hizo de repente una gran calma, y el sol, que apenas había brillado en todo el día, resplandeció con mucho más fulgor de lo acostumbrado; además se vio en el aire una corona adornada de diversos colores y parecida al arco iris. Estas señales de hecho parecían mostrar a muchos de los presentes que el niño que iba a nacer en el próximo parto habría de ser el más famoso entre los hombres. De su fortuna natal hicieron muchos y grandes vaticinios numerosos sabios y astrónomos, y no sólo los que asistieron a su parto, sino también los ausentes y muy distantes. En efecto, en Nápoles el mismo día en que nació el infante, un varón religioso de la orden carmelita, renombrado por su ciencia y sus virtudes, llegando a presencia del rey Alfonso en Castilnuovo, le dijo: 'Hoy, rey, ha nacido en Aragón un niño de tu estirpe que en el futuro será celebrado como el más excelso entre los príncipes cristianos, ya que realizará grandes, muchas y santas hazañas en su patria y fuera de ella, con las que pondrá más alto nuestra fe y religión y el nombre de España'. A estas palabras y profecías el rey prestó gran crédito, ya que aquel hombre era tenido por un santo por muchos que conocían su vida y costumbres y encontraban ser verdaderas las cosas que predecía; y rebosante de alegría lo

llana posterior ha silenciado tozudamente. Y no todo se limitó a hueca adulación y cortesía palaciega, pues también el Rey Católico acabó por creer en su destino providencial, en su papel de liberador de Jerusalén, sobre todo cuando la Beata de Avila lo saludaba como monarca mesiánico y el propio Juan López de Palacios Rubio le aplicaba vaticinios de la Sibila enaltecedores del «cachorro de león» y del «nuevo David»¹⁶. Conviene advertir, no obstante, que, aunque la propaganda aragonesa y castellana coincidía en sus objetivos últimos, los caminos tomados por una y por otra se bifurcaban en direcciones opuestas: en Aragón se veía a Fernando como un nuevo Alejandro, en Castilla como un nuevo David. Los matices de una y otra exaltación no parecen ser más diversos: la propaganda aragonesa hunde sus raíces en la Antigüedad clásica, mientras que los fieles castellanos prefieren destacar el carisma religioso del monarca, el Ungido, el Cristo del Señor.

Justificada queda, pues, la atención del Rey Católico hacia Alejandro, su precursor en la conquista de la India. En la Corona de Aragón, por otra parte, hacía tiempo que se había impreso una versión de las *Historia* de Quinto Curcio: en 1481 había aparecido en Barcelona la traducción de Luis de Fenollet, realizada sobre la versión italianizada de Pier Cándido Decembrio; en cambio, habían de transcurrir más de diez años para que en 1496 viera la luz en Sevilla, en los talleres de Meinardo Ungut alemán y Lasdislao Po-

confirmó al recibir poco después la nueva del parto de la reina Juana. También Carlos, príncipe de Viana, su hermano por parte de padre, varón esclarecido por su virtud y muy dado a la devoción, un día que se le anunció que iba a comer a su casa Fernando, todavía muy niño, pues tenía casi cinco años, se levantó de inmediato y descendió a recibirlo; y al preguntarle los suyos la razón de haberlo convidado a su mesa, pues era niño, respondió: '¿No sabéis qué motivo o, mejor, qué razón me mueven a querer sobremanera a este niño y a estimarlo por encima de todos? Pues no sólo porque es mi hermano, sino porque veo sin duda que va a sobrepujar en todo tipo de virtudes a cuantos reyes ha engendrado nuestra España'. Otras cosas además vaticinaron muchos hombres no indoctos, que no se engañaron ni muchos menos, en sus opiniones y juicios; pues afirmaban que en su niñez y adolescencia sufriría muchos trabajos y padecería grandes peligros, y que después obtendría muchas victorias y triunfos sobre sus enemigos y adversarios, y que de una fortuna humildísima llegaría a los más amplios honores y la cúspide más alta del mundo». Los prodigios no se separan de la norma: idénticas señales acompañan sin ir más lejos el nacimiento de Abenámár, cuando «estaba la mar en calma, la luna estaba crecida». Pero lo que aquí extraña es que todos en la Corte estén convencidos de la buena estrella del recién nacido, predestinado a realizar gestas jamás soñadas por sus antecesores.

16. Llamo la atención sobre el particular en mi artículo sobre «Colón y los franciscanos», en prensa. Preciso es observar, sin embargo, que la asociación de la Sibila con la Corona de Aragón es muy antigua, apareciendo ya en Muntaner (cf. M. Milá, *De los trovadores en España*, Barcelona, 1966, p. 368, n. 45): allí se cita a «lo lleó / que Sibella nos ditz / que ab senhal de bastó / abatría l'argull / de maint auta mayzó».

lono, otra edición castellana no menos dependiente de la sacada en vulgar por Decembrio. También de esta suerte se explica el mayor eco que tiene la saga de Alejandro en la propaganda imperial de Aragón, más interesado que Castilla en el Oriente y por ende más al tanto de la vida y milagros del extraordinario y andariego macedonio. Mientras, del historiador latino, en Andalucía al menos, se sabía muy poco. En tiempos de Inocencio VIII cuenta el Cura de Los Palacios que unos marmoleros encontraron en Roma una sepultura muy hermosa, en la cual se hallaba la momia desnuda de una doncella, «tan fresca y tan hermosa como si estuviera viva»; y añade que un letrero del sarcófago anunciaba que la tal doncella era «fija de Quinto Curcio, filósofo, que fue en tiempo del gran Alexandre trezientos años e más antes del nacimiento de Nuestro Redemptor, el cual disputó con Alexandre reputándole su codicia»¹⁷. ¡Tan vagos conocimientos se tenían entonces acerca del biógrafo del monarca macedonio! Pero es que Alejandro ni siquiera encuentra cabida entre los modelos de gobernante elegidos por Jorge Manrique en sus celebradísimas coplas: no podía haber caído más baja la fama del rey Magno, al que tampoco menciona Juan de Mena en sus *Trescientas*. Antes, un gallego, Díez de Games, trazando la biografía de Pero Niño, había hecho figurar a Alejandro entre los cuatro mayores reyes del mundo, juntamente con Salomón, Nabucodonosor y Julio César¹⁸; pero las noticias que tenía del macedonio las debía sólo al *Libro de Alixandre*, del que ofrece un curioso resumen, y ello porque algo debía decir de cada uno de los monarcas, que correspondían al esquema cuadripartito de los imperios danielinos: Alejandro descollaba entre los griegos como Nabucodonosor sobresalía entre los babilonios y Julio César entre los romanos; tan sólo desentonaba en el devenir de los imperios Salomón, pues nunca en los anales de la Historia se había oído hablar de un imperio judío. Los tratadistas políticos del tiempo de Enrique IV también mencionan al macedonio: Alfonso de Cartagena, Rodrigo de Arévalo, mosén Diego de Valera conocen dichos o hechos de Alejandro, pero sin sentir por él reverencia especialísima que lo haga digno de figurar en el escudo de armas regio¹⁹.

17. *Memorias de los Reyes Católicos*, cap. LXII (pp. 153-54 Gómez Moreno-Carriazo).

18. *El Victorial*, cap. II (p. 15 ss., Carriazo).

19. La historia de Alejandro figuraba en la biblioteca de Isabel la Católica; había en ella

Después de estos considerandos sigue envuelto en tinieblas el enigma del autor de la divisa, por más que quepa desechar explicaciones equivocadas. En efecto, el buen padre fray José de Sigüenza, al trazar un perfil biográfico de Antonio de Lebrija en su descripción del monasterio de El Escorial, apunta: «El fue quien hizo a los dos Reyes aquella tan acertada, aguda y grave impressa de las saetas, coyundas y yugo, con el alma *Tanto monta*, que fue ingeniosa alusión en el alma y cuerpo de ella»²⁰. Cuanto llevamos

un volumen «de mano en pergamino en latín, que es Quinto Curcio de las cosas de Alixandre, con las coberturas de cuero leonado, con diez clavitos de latón; e tiene cuatro cerraduras sin tejillos» (n.º 31-B de F. J. Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, 1950, p. 43), así como otro libro «de cuarto de pliego de pergamino de cuero, que se dize *Alexandre*» (*Ibidem*, 74-C, p. 48. La cosecha es magra, pero mayor chasco nos espera aún cuando nos asomamos a las pertenencias artísticas de la Reina, pues los cuadros, conservados algunos de ellos en la Capilla Real de Granada, se caracterizan por la falta casi total de motivos profanos, falta muy justamente censurada por Madrazo, por lo que mal puede esperarse que entre tanta alegoría religiosa y tantas escenas de santoral venga un Alejandro Magno a desentonar con sus armas y sus arcos luchando a brazo partido con exóticas amazonas o indios quemados por el sol. Sin embargo, no todo es pura devoción y beaterio. En las paredes palacianas se divisan temas tomados de la Historia o de la Mitología, pero sin salirse nunca de una modalidad artística: los tapices. Entre los tapices que doña Isabel regaló a doña Margarita en Granada el 28 de septiembre de 1499 había «dos paños grandes ricos de mucho oro, de la estoria de Alixandre» (*Ibidem*, p. 108). A su vez, la princesa de Portugal le ofreció en Burgos como presente «una cama de ras de figuras de la estoria de Alexandre» (*Ibidem*, p. 142). En 1503 se custodiaban en el tesoro de los alcázares de Segovia cuatro tapices referentes al monarca macedonio (*Ibidem*, p. 111). Pero no sólo en las colgaduras cortesanas estaba de moda la historia de Alejandro. En 1507 murió el comendador de Jerez de la Frontera Gonzalo Gómez de Cervantes; al efectuarse el inventario de sus bienes, se halló que poseía «otro paño de raz de la historia de Julio e Alexandre, en que ay ocho varas» (Archivo de Protocolos de Sevilla. Oficio IV, a. 1509, I, f. 165v). Ahora bien, esta singular excepción se explica de manera muy sencilla: los tapices se fabrican por lo general en telares foráneos, por lo que nada tiene de extraño que imperen en ellos gustos y temas extraños al sentir peninsular, por más que gracias a ellos pudo modificarse en algo la sensibilidad artística de los súbditos de la Corona de Castilla.

20. *Historia de la Orden de San Gerónimo*, Libro IV, parte II, discurso IX (NBAE 12, p. 575 a).

Debo de confesar, por lo que toca al posible origen aragonés de la divisa, que no he logrado rastrear ningún eco de ella en el exaltado poema de Juan de Sobrarias *Panegyricum Ferdinandi regis* (impreso en 1511 y reeditado por I. Asso del Río en Amsterdam, 1783). Sólo en un vers (p. 52) se dice en quiasmo del rey que es *maior Alexandro Pellaeo aut Hercule maior*, pero la figura de Hércules encuentra más resonancia en el elogio, quizá a causa de la política africanista que imperaba a la sazón. También Sobrarias ve cercana la liberación de Jerusalén y el señorío universal de Fernando, a quien toca llevar a cabo la cruzada que se resisten a hacer los demás soberanos de Europa; pero precisamente en este momento de arrebato bélico se menciona el escudo regio:

Hinc castrum, fortisque leo, pali et louis ales
Sanguineis malum granis et cuspidē dura
Splendeat et titulis lustret mare, sidera, terras,
Rex inuicte, tuis, totum celebrate per orbem (p. 62).

De manera expresa quedan citados castillos, leones, barras, águila y granada, pero se omite el emblema y tanto el yugo como las flechas, silencio en verdad significativo a no ser que se piense que a la divisa se refiere el *titulis tuis*; en cualquier caso el encomio, que tributa un encendido elogio por cierto a Antonio de Lebrija (p. 48), no refleja especial admiración por el monarca macedonio. Ha llamado mi atención sobre el *Panegirico* de Sobrarias mi antiguo

visto, por el contrario, nos indica que la propaganda alejandrina nació no en Castilla, sino en Aragón; y Aragón contaba por aquel entonces con una pléyade de humanistas capaces de satisfacer los deseos del rey proporcionándole el emblema adecuado, desde Juan de Sobrarias a los sicilianos, con Lucio Marineo a la cabeza. Por aquí es por donde se ha de encaminar la investigación conducente a resolver la cuestión, que es algo más que un simple juego erudito. Por otra parte, en las palabras de Sigüenza apunta ya la exégesis falsa, dado que el mote se aplica al yugo y las flechas, significación fuera de lugar y errónea a todas luces, al considerar que todo forma un bloque único en el que se van ensamblando orgánicamente las distintas piezas de la exaltación del par regio. La divisa aragonesa, en definitiva, acabó por ser sentida y considerada como cosa

alumno y discípulo D. J. Maestre, profundo y entusiasta conocedor de nuestra poesía latina renacentista: *Magistro ob magisterium maximas ago grates.*

Pero todavía el propio J. Maestre tiene la bondad de indicarme un texto aragonés en donde la alusión a la divisa es meridiana; me refiero a la *Silva* I 231 ss. de Antonio Serón (I, p. 224 de la edición de J. Guillén), en unos versos que, sin contar la tachadura, corren así:

*sic nostros lachrymans amplectitur artus
Nexibus implicitis, ut Gordia uincula credas
Aut ducis Hesperiae: tuus, o Isabella, maritus
Hic fuerat, cuius Granata recubuit armis.*

El mismo ripio métrico (*recubuit* con alargamiento en ictus) se encuentra en otro curioso pasaje que también me señala Maestre *дона donis accumulans*, y que debe puntuarse así (*Silva* VI 82 ss. [I p. 424 Guillén]):

*Te rex Hesperiae, Granata recubuit armis
Auspiciis cuius, felicior est Fernandus.*

El *te* resulta ambiguo, aunque más parece segundo término de la comparación que ablativo de causa. Más llama la atención la utilización de estos hemistiquios sueltos, verdaderos retazos poéticos, que después Serón va zurciendo laboriosamente, a veces atentando incluso contra la claridad gramatical.

Por lo demás, la figura de Alejandro se había convertido en paradigma de todos los reyes que aspiraran a dominar el mundo durante el s. XV. Así ocurre sobre todo con el turco Mahomet, el conquistador de Constantinopla, poseedor ya de un nombre mágico (=Mahoma; así con Constantino, el emperador vencido, se cierra el ciclo vital de la ciudad levantada por otro Constantino); incluso los griegos, como Demetrio Ducas, lo ensalzaron como un nuevo Alejandro Magno (A. Pertusi, *La caduta di Constantinopoli*, fundación Lorenzo Valla, 1976, II, p. 72); cf. asimismo el testimonio de J. Tedaldi (*ibidem*, I, p. 167) o el de Isidoro de Kiev, que afirma que el Gran Turco lefa todos los días la vida de Alejandro traducida al árabe (*ibidem*, I, p. 78); a su vez Leonardo de Quíro compara a los genzaros con los mirrídones (*ibidem*, I, p. 129-30) y Paolo Dotti llama «un nuevo Alejandro» (*ibidem*, I, p. 14) a este «pagano terrible», que se había propuesto imitar sobre todo a Alejandro y a Julio César, según Bicola Sagundino (*ibidem*, II, p. 132). De creer a Benedetto Dei (*La Cronica*, edición de F. Papafava, Florencia, 1985, p. 128), el propio Mahomet le dijo que quería sobrepasar a Alejandro, Jerjes, Aníbal, Escipión, Pirro, etc. A su vez, Carlos VIII de Francia aseguraba que él sería mayor conquistador que Alejandro (cf. la *Crónica manuscrita del Gran Capitán*, cap. III, edición de A. Rodríguez Villa en *NBAE*, 10, p. 269 a). También Francisco Filelfo, según me indica mi discípulo D. José Solís, le augura a Ladislao de Hungría que, como un nuevo Alejandro, llegará hasta el Ganges; pero siguen a continuación los tópicos contrarios al macedón puestos de moda por el senequismo (cf. su *Epistolarum liber*, VI 1, Brixiae, 1486, f. 51r).

propia y entrañable en Castilla; entonces se alteró su contenido y se buscó un responsable adecuado; y dada la gran fama de que gozaba Lebrija y máxime habida cuenta de que una cédula lo había nombrado cronista de Sus Altezas en 1509, nada tiene de extraño que a él se atribuyera la autoría de la enseña. Al final siempre es menester una etiología y un nombre; y la sonoridad de Elio Antonio cuadraba bien al artificio del concepto.

Hay un héroe griego, en cambio, que a lo largo de toda la Baja Edad Media está continuamente en candelerero, al menos a la luz de las crónicas castellanas: Hércules, al que ya Alfonso X forja una genealogía fabulosa y enaltece como antepasado remoto. Esta y no otra es la figura mitológica sobre la que un súbdito de Castilla hubiese montado la propaganda regia; no es ningún azar que el *Non plus ultra* de Carlos V, aun excitado por el humanista Marliano, haga referencia clara a una de las hazañas de Hércules, de quien descienden los Reyes de Castilla, superando sus fatigosos y renombrados trabajos. Pero el hijo de Alcmena era sentido como patrimonio de un reino peninsular muy concreto y, a decir verdad, no muy querido por sus vecinos. Cabalmente por eso, por ser «castellano», Hércules recibió el más afrentoso de los vilipendios por parte de Joan Margarit, quien, en sus *Paralipomenon*, dedicó una larga digresión a execrar al Hércules hispano, que no era ni mucho menos, en la larga fila de siete personajes que según él llevaron ese nombre, el Alcides famoso, sino un bellaco y malandrín, *sceleratissimus sceleratissimorum*, como dice en bíblica paronomasia. Esta condenación provoca el estupor de un historiador tan acucioso como R. B. Tate²¹, que no acierta a explicarse la causa de la atrabiliaria censura de Margarit; no se da cuenta de que mueven el corazón del catalán razones muy claras y comprensibles: en esta descalificación total subyace la inveterada pugna de Aragón y Castilla, de suerte que el despego aparente a todo lo castellano explica la reacción iracunda. Por otro conducto se llega, pues, a concluir que Alejandro es festejado por oposición a Hércules, respondiendo la exaltación del monarca macedonio, en consecuencia, a un sentimiento político, que hubo de estar muy arraigado en todos los súbditos de la Corona de Aragón. En esta primera época, en efecto, la veneración por la figura de Alejandro permea todas las capas so-

21. *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, p. 145.

ciales y todos se esfuerzan por imitar al rey macedonio, espejo de caballería y dechado de todas las virtudes. Pero esta tácita emulación, tan reveladora de los nuevos aires renacentistas, la encuentro mucho antes en Aragón que en Castilla, si es verdad, según pienso, que la celebrada acción de mosén Pedro Margarit el soltar las dos tórtolas que le había llevado un indio a la fortaleza de Santo Tomás²², en la linde de las minas del Cibao en Santo Domingo, para aliviar su hambre, está calcada sobre otro gesto magnánimo de Alejandro Magno, al rechazar el vaso de agua con que pretendían calmar su sed dos soldados²³. La acción, en efecto, se desarrolla en circunstancias similares, su desarrollo es el mismo y la historia tiene idéntico desenlace: al capitán se le ofrece un remedio del sufrimiento que en principio acepta; después, considerando las tribulaciones de sus subordinados, renuncia a disfrutar de privilegios para compartir en entrañable camaradería con sus hombres los trabajos y los triunfos. La semejanza me parece indicar que Margarit tuvo muy presente el comportamiento del macedonio como modelo a imitar por todo capitán que se preciara; al menos, quien narró la anécdota intentó acoplarla en lo posible a los cánones establecidos por Quinto Curcio, limando en lo posible los rasgos diferenciales y extremando el paralelismo. La imitación de Alejandro data en Castilla de fecha mucho más tardía: en el Nuevo Mundo sólo hallo ejemplos fehacientes e indubitables en el comportamiento de Hernán Cortés, cuya ansia de emparejarse con el macedonio la notó de manera muy clara Bernal Díaz del Castillo²⁴. Por lo que hace a nuestra historia, y aun prescindiendo del *exemplum* de Margarit, que quizá podría considerarse un tópico más,

22. G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, I 13 (BAE 117, pp. 49-50.)

23. Quinto Curcio, *Hist.* VII 5, 8 ss. «Al rey, angustiado por tan graves males, los amigos en cerco le suplicaban que recordase que la única salvación del ejército desmayado estribaba en su grandeza de ánimo, cuando he aquí que se presentan dos de los que habían ido en avanzadilla para elegir emplazamiento para el real, portadores de agua en odres para refrescar a sus hijos, que no ignoraban que marchaban en la misma formación y que a duras penas soportaban la sed. Uno de ellos, al tropezar con el soberano, abriendo el odre llena un recipiente que traía consigo y lo tiende al rey. Este lo acepta; al preguntar que a quiénes llevaban agua, se entera de que la transportaban para sus hijos. Entonces, devolviendo el vaso lleno, tal como lo había recibido, dijo: 'Ni soporto beber solo ni puedo dividir entre todos tan pequeña porción'» Margarit había dicho a sus soldados: «Pues me habéis acompañado en la hambre y trabajos hasta aquí, en ella y en ellos quiero vuestra compañía y pareceros viviendo o muriendo». La diferencia mayor estriba en que en un caso es la sed, en otro el hambre lo que causa estragos entre los soldados.

24. Cf. cuanto dije en *Homenaje a Enrique Segura Covarsí, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano*, Badajoz, 1986, n. 102 ss.

propio del buen capitán, pero tópico que enlaza en definitiva con la tradición alejandrina, subsiste un hecho irrefutable, y es que el ideario de Fernando el Católico, a través de los humanistas, se pliega a las exigencias del mundo clásico, en un contexto y sentido diferente, es cierto, pero sólo comprensible sobre el trasfondo greco-latino: hasta tal punto actúa de motor de nuestra propia historia el legado de la Antigüedad.